

# Esencia y expresión de la civilización griega contemporánea\*

*Fotios Malleros K.*

La conciencia que los griegos modernos tienen de su civilización contemporánea, es el resultado del convencimiento que ellos abrigan respecto de dos cosas: en primer lugar, del factor histórico, es decir, de la génesis de tal civilización; y en segundo término, de la actitud crítica que mantienen sobre ella. La comprensión histórica y el enfoque crítico de esta civilización y de la vida nacional contemporánea nos entregan tres componentes de su esencia: a) el elemento antiguo clásico arraigado en la vida griega moderna, b) el elemento de procedencia medieval o bizantino-cristiana, y c) el elemento moderno, europeo-americano y neohelénico propiamente tal. La síntesis de tales componentes constituye, pues, la civilización contemporánea de los helenos y forma parte de su autoconciencia nacional actual.

Si quisiéramos ahora analizar las sucintas proposiciones anteriores relativas al presente neohelénico con el fin de determinar las características especiales e individuales de los tres elementos mencionados, es decir, si fuera nuestro propósito precisar el aporte de cada uno de ellos al conjunto de la civilización griega actual, no estaríamos lejos de la verdad sosteniendo que los componentes griegos clásicos y europeos occidentales predominan en la esfera de la actividad política, intelectual y artística de la vida moderna, y que los elementos cristianos rigen y determinan el ámbito moral, en tanto los componentes euro-americanos y neohelénicos inciden más bien en el plano de lo económico, lo social, lo popular y lo técnico.

Empero si consideramos la elasticidad de las esferas mencionadas y la influencia recíproca que existe entre ellas, entonces podre-

\*Conferencia dictada en la sede de la Colectividad Helénica de Buenos Aires, bajo los auspicios de la Asociación "La Colectividad Helénica", Comisión de Cultura, y la Embajada de Grecia en esa capital. Buenos Aires, 23 de noviembre de 1983.

mos decir que las raíces de la vida moral y espiritual neohelénica radican en la tradición greco-cristiana —fuente civilizadora de los griegos— y también en la ciencia europea; los aspectos económico, social y técnico —según hemos anotado— caen bajo el influjo de las formas europeas y norteamericanas de postguerra.

Ahora bien, el hecho de centrar nuestro tema en torno a la correlación entre la Antigüedad y el presente neohelénico, no nos da margen para intentar una interpretación analítica de este presente helénico considerado en su globalidad, de modo que hemos de limitarnos a determinar la comunicación dialéctica civilizadora existente entre la Grecia clásica y la moderna.

Por de pronto, es preciso dejar en claro que tal comunicación con la antigüedad clásica no es un fenómeno privativo del presente, sino que éste ocurre durante todas las fases de la vida helénica posterior que éste ocurre durante todas las fases de la vida helénica posteriores a la antigua, y que abarca, asimismo, a los pueblos que vinieron esos pueblos de la Europa medieval y moderna que se incluyen en el círculo dependiente del clasicismo. Tratándose de la Grecia moderna, cabe sí introducir una diferenciación en los vínculos del pasado con el presente, ya que el helenismo clásico constituye la etapa primera fundamental de la existencia de la nación griega, y en ella están las raíces no sólo de la actividad intelectual sino que de la unión nacional, también. Pasemos ahora a examinar esta relación.

Tanto en la historia como en la filosofía de la cultura, la comunicación espiritual y civilizadora de los pueblos que siguieron a la Antigüedad con el helenismo clásico y la supervivencia en ellos de los valores intelectuales y artísticos, es un fenómeno que se presenta bajo dos formas: a) o como consecuencia histórica de transmisión subconsciente y una herencia de la cultura de una a otra generación, de una época a otra y de un pueblo a otro pueblo; b) o bien como un dialéctico retorno de cada presente a la Antigüedad y un esfuerzo consciente por un revivir axiológico que aproveche los valores del espíritu antiguo. En ambos casos se trata de un fenómeno humanista.

Según es conocido, dentro de la filosofía de la cultura se llama humanismo a la vivencia suprahistórica y a la permanencia supratemporal, a la eternidad y cuasi universalización espiritual del helenismo. De estos conceptos de humanismo, es el segundo el más vigoroso y fructífero, por cuanto refleja la conciencia acerca de la importancia educativa del helenismo antiguo, al tiempo que es fruto de una fe cosmoteorética en la autoridad de los principios básicos de los griegos en los asuntos humanos.

La fe humanista que profesan los griegos de la época moderna y

contemporánea constituye prueba de la conciencia que ellos tienen de la relación entre la civilización griega antigua y moderna. Y aunque no haya habido ni hay asentimiento general acerca del contenido de esta fe, el análisis más fiel de ella es, a nuestro parecer, el siguiente:

- 1) La civilización griega antigua, etapa primera y sustantiva de la cultura nacional helénica, es el fundamento de las fases siguientes de la vida de la nación, vale decir, de las etapas medieval y moderna, a las que determina esencialmente.
- 2) El helenismo antiguo, gracias a su indudable fuerza de supervivencia y a su presencia espiritual ininterrumpida en la vida de los griegos de todos los períodos posteriores, es el eslabón principal de la continuidad nacional y espiritual y de la vida helénica.
- 3) La conciencia humanística, o sea, la fe en el hombre, en el valor de la personalidad humana y en el poder formador de la educación, de los principios y valores helénicos, es el puente espiritual que une a la Hélade con la comunidad de las naciones que reconocen la paternidad de su civilización en los griegos clásicos.

De tal manera, la fe humanista de los griegos modernos armoniza el carácter nacional con el supranacional, europeo, cuasi mundial y ecuménico, y aun cuando él reviste una forma absolutamente nacional, no da margen, sin embargo, al desarrollo de tendencias egoístas, antisociales y patrioterías, hecho que se comprueba a través de toda su historia, pues Grecia jamás ha emprendido guerras de conquista<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>A este respecto, uno podría preguntarse: ¿Y Alejandro Magno, que llevó al helenismo hasta la India y el Turquestán? Y yo contesto: Es cierto que esta expedición de Alejandro —quien era, según Eduardo Meyer (*Die Blüte und Niedergang des Hellenismus in Asien*, 1925, pp. 9 ss. *Florecimiento y decadencia del helenismo en Asia*), “la combinación de dos héroes: Aquiles y Heracles”— tuvo como consecuencia el trágico agotamiento de los macedonios y los demás griegos de Europa. Es difícil pensar que Filipo hubiera hecho, como sostiene C. Amandos (*Introducción a la historia bizantina*, Atenas, 1933, pp. 20 ss.), un simple paseo hasta el Danubio, como hizo Alejandro Magno. Es característica, según Amandos, “la facilidad con que Alejandro Magno disolvió el variado conjunto étnico del Imperio persa, logrando al mismo tiempo que se entendiesen y acercasen no sólo persas y griegos, sino también otros pueblos. Así, el fanatismo nacionalista propio del comienzo de la expedición de Alejandro Magno, desapareció. A ello contribuyó la necesidad de utilizar soldados asiáticos, puesto que no podía traer tropas de Macedonia y de Grecia”.

Alejandro Magno, como asimismo sus sucesores, fundaron muchas ciudades, hecho que facilitó una gran migración de los griegos de Europa y Asia, tal como ocurrió en el siglo XIX con los europeos que migraron a América. Largo sería referirme al auge de los griegos en dichas ciudades, a su florecimiento económico y espiritual y a la difusión que hicieron de la civilización y la cultura griega. J.G. Droysen con su obra *Geschichte des Hellenismus*, en dos tomos, 1836-1843, nos da una

Esta visión del fenómeno humanista en la Grecia moderna, o sea, el de la comunicación civilizadora y de las relaciones con la antigua, es, a nuestro juicio —como queda dicho—, la más auténtica y más sana, pues sólo ella puede garantizar un desenvolvimiento natural y orgánico de la existencia nacional griega en una dirección creadora y digna de su glorioso pasado, y ofrecerle, al propio tiempo, la posibilidad de situarse armónicamente dentro del flujo vital de los pueblos modernos, los cuales, sobre la base de la cultura clásica, han alcanzado el nivel en que se encuentran. Según el mismo predicamento, la aplicación de tal principio en el proceso civilizador resulta comprensible y se hace posible bajo dos formas, a saber: 1<sup>o</sup> empece-mos por los antiguos para crear una civilización neohelénica; y 2<sup>o</sup> partamos asimismo de las cosas modernas; y dado que los elementos antiguos sobrevivientes no bastan, regresemos otra vez, a conciencia, a la antigüedad con el fin de fortalecer nuestros conocimientos bebiendo en sus mismas fuentes. En ambos casos, la comunicación entre el pasado y el presente helénico no reviste forma de una dependencia servil, sino de síntesis dialéctica tendiente a configurar una realidad neohelénica que corresponda a la prolongación orgánica y natural de la vida y la cultura de la nación.

Esta continuidad natural hubo quienes no la entendieron, perjudicando con ello hasta cierto punto el contacto con los viejos fundadores de nuestra cultura nacional. Algunos de ellos —los más conservadores— postulaban (no sin razón, por lo demás) el cultivo de la tradición antigua, pero la relación del pasado y el presente la concebían siendo rígida. Así, propiciaban una imitación ciega de los antepasados, anhelando formar una cultura idéntica a la clásica. A tal postura se opone otra, de los progresistas, quienes criticaron irónicamente esa dedicación, caracterizándola de estéril y de adoración

---

imagen completa sobre el valor del helenismo desde Alejandro en adelante. Podemos decir que Alejandro Magno, desde el punto de vista internacional, fue un gran benefactor de la humanidad, pero en cambio para Grecia fue el causante de la escasez de hombres, de lo que da testimonio la postrer defensa de Corinto (146 a.C.), donde el último general Diaios no tenía hombres libres suficientes para rechazar a los romanos, debiendo liberar para ello a los esclavos y clamando a todas las ciudades que le enviaran soldados bien armados y en la edad precisa a fin de defender la libertad de Grecia. Polibio (XL, 2, 3) nos informa que pidió ayuda a Mégara, de Argos y que escribió a todas las ciudades. Pero como afirma Amandos, “la libertad de un pueblo no puede salvarse con los esclavos”. Y es por eso que Mumio, al que varios escritores caracterizan como un ser rudo, aunque tenía un ejército no muy numeroso “de más o menos 30.000 hombres”, no sólo pudo conquistar la rica y muy comercial ciudad de Corinto, “sino que, además, la arruinó para que dejase de existir un peligroso enemigo comercial de la plutocracia romana”.

ciega a un pasado muerto, y los cuales presentaron ideas totalmente distintas: Por ejemplo, no creían en el contacto y vinculación con la tradición, sosteniendo que eso dependía sólo de la voluntad personal. No lograron comprender, los que así pensaban, que la supervivencia de la civilización antigua es una realidad que no depende de si la reconocemos o no. Otro tanto es cierto para aquellos de los cristianos que se resisten a aceptar todo cuanto proviene de la época precristiana, es decir, antigua. Una posición tal no tiene cabida, naturalmente, y es anticientífica. No hay razones de peso para pensar en la posibilidad de crear una civilización puramente neohelénica o puramente cristiana. Lo que existe es un complemento entre una y otra (San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Basilio, etc.).

En este punto considero que no estaría demás recordar las diferencias que hay entre el antiguo espíritu y el espíritu cristiano —las cuales se reflejan en las literaturas respectivas— para constatar la realidad:

1º En la literatura clásica predomina un individualismo absoluto, es decir, la libertad total del individuo, su independencia plena y la negación a reconocer toda autoridad, incluso la de sus propios dioses. Por el contrario, en la literatura cristiana se advierte la integración de las individualidades en el todo social y la supeditación absoluta a Dios, al tiempo que se prescribe *creer* y no *indagar*, a modo de réplica al lema antiguo de “abstente y recuerda que debes dudar”. Por último, está la limitación del individuo en lo relativo a los dogmas. Los griegos hasta discutían con sus dioses, en tanto que en Oriente reinaba una ciega religiosidad y el fanatismo, que prosigue hasta nuestros días.

2º En la literatura clásica se pregona la alegría de vivir, el disfrute de las cosas mundanas, en tanto que en la cristiana la existencia terrenal se considera como etapa de prueba para la vida futura.

3º En la clásica hay el sentimiento de que “todos los no helenos son bárbaros”, o sea, prevalece un nacionalismo hipertrofiado, que se nota también en el siguiente consejo de Aristóteles a su discípulo Alejandro Magno: “Trata a los griegos como griego y a los bárbaros como bárbaro”. En la literatura cristiana, en cambio, domina el sentido del mandato que impartió Nuestro Señor a sus seguidores: “Enseñad a todas las naciones” (Pablo: Epístola a los gálatas) y “amaos los unos a los otros”, sin discriminación de ninguna especie.

4º La literatura precristiana, excepto las epopeyas homéricas, era accesible a unos pocos solamente y no estaba a la disposición del

pueblo. El cristianismo, por el contrario, creó una literatura popular teniendo en cuenta que todos cantan la Gloria de Dios.

5<sup>o</sup> La clásica se interesa principalmente por la forma; por ser aristocrática, dio más importancia al modo que al fondo. Naturalmente, durante el período clásico la excelsa belleza formal armonizaba con un contenido altamente significativo. Pero en los tiempos de la decadencia la calidad de éste siguió una línea descendente y fue adquiriendo prioridad cada vez mayor el mero cultivo de la forma. La literatura cristiana, en cambio, concede valor fundamental al contenido, dada la magnitud del mensaje que había de entregar al mundo.

Tales son, pues, las discrepancias entre el clasicismo y cristianismo, lo que no impide para que tengan muchos puntos de contacto, también. En efecto, desde Aristóteles el individualismo absoluto cedió su lugar a las *élites*. Epicuro y Pitágoras eran llamados “soles” y “dioses” por sus partidarios. El nacionalismo absoluto comenzó, asimismo, a retroceder desde los estoicos, y sobre todo a partir de Alejandro Magno, ese gran realizador de la idea cosmopolita. Desde este punto de vista es característico lo que escribiera Cicerón: “Graeca leguntur in omnibus fere gentibus”.

Sabido es cuan gigantesca, persistente y prolongada fue la lucha entre las religiones idólatra y cristiana, y sin embargo el mundo antiguo sobrevivió en el cristianismo. La antigüedad clásica no se esfumó al trasladarse de Alejandría a Bizancio, vale decir, de las riberas meridionales a las septentrionales del Mediterráneo. Simplemente la cultura helénica adquirió mayor sensibilidad, principalmente social, dando lugar así a la cultura greco-cristiana. La sabiduría griega clásica se puso a la disposición del cristianismo, no obstante las terribles persecuciones que sufrió éste en sus tres primeros siglos. Esta cultura greco-cristiana se transmitió por mediación de Bizancio a los griegos modernos. Y el cristianismo formado con el espíritu antiguo, adquirió una fisonomía más humana que lo distingue del judaísmo, tarea en que el platonismo tuvo un papel muy importante.

A esta altura tal vez se pueda preguntar: ¿Es que acaso no existen otros elementos, además, en la civilización griega contemporánea? A lo que respondemos que sí, por ejemplo elementos orientales. Turcos y árabes, así como venecianos y eslavos, fueron los conquistadores que dejaron sus huellas, las que en realidad no pueden tomarse como factores de civilización, ya que todos esos pueblos se encontraban entonces en estadios culturales inferiores. Lo que, por cierto, no significa que no hayan transmitido ciertos usos ni hecho algunos

aportes positivos, como ser en la música y el arte popular. Con todo, el carácter de la nación no cambió, como ser su sentimiento acerca de la libertad.

Pero casi olvidamos otro factor, relacionado en parte con los elementos extranjeros: se trata de la tradición popular con su rasgo esencial que es el lenguaje del pueblo, fuera del cual esa tradición incluye, aparte de las influencias, sus propios componentes, vale decir, todas las expresiones relacionadas con la vida social y espiritual comunitaria, que tienen el sello de la espontaneidad y de lo colectivo. Se comprenden en esto las formas de creencia popular vinculadas a las costumbres, las artesanías, la música y la poesía populares. Las bases de esta cultura popular neohelénica se remontan hasta la época posterior a la Antigüedad, durante la cual nacieron los dialectos de la lengua neogriega, con todos sus principios lingüísticos propios y extranjeros. Pero, según dijo el alemán y gran heleanista Albert Thumb en su obra *Hantbuch der neugriechischen volksprache*: “el pueblo que tiene lengua pura, carece de historia” (sangre pura).

Entre las mencionadas expresiones de la cultura popular neohelénica, la más importante es su poesía, puesto que en ella se refleja por excelencia el alma y el carácter del pueblo, y porque a través de ella se manifiestan los motivos populares de la vida y la historia de la nación.

¿Cómo podríamos, ahora, caracterizar la situación actual del país? Igual que en el resto de los países, también en Grecia existen —por una parte— aquellos que se dicen progresistas, los partidarios del avance, del cambio y de todo cuanto suene a nuevo: los que quieren nueva literatura, música moderna, pintura renovada, etc.; los que exigen conocer los logros de la física, la bomba atómica, en una palabra, la civilización tecnológica y material en boga. De otro lado, están sus opositores, que viven en el recuerdo del pasado, del gran pasado histórico, esos que entienden y disfrutan con Mozart, Miguel Ángel, Virgilio, Homero, Platón, con la antigüedad clásica toda. Pareciera que las dos partes que están frente al mundo tienen una actividad natural: cada presente es un límite que se mueve entre el pasado y el futuro. Entre ambos tipos humanos hay una lucha continua: los que miran hacia atrás atribuyen a los progresistas la responsabilidad de la confusión que envuelve actualmente a la humanidad; éstos, a su turno, contratacan enrostrándoles: “Ustedes son los eternos del ayer, los fugitivos del presente hacia el pasado”. A pesar de todo se ha conseguido una síntesis de ambas teorías y direcciones, según se advierte en el arte popular y en la literatura.

Y aquí permítanme un breve paréntesis: A estos eternos del ayer,

según el decir de los progresistas, pertenecemos nosotros también, los representantes de la Paideia clásica, los filólogos clásicos y los otros colegas que se ocupan de la Antigüedad. Nosotros, los filólogos clásicos, los filólogos del ayer, somos más privilegiados que los filólogos de las literaturas nacionales modernas, esto es, que los especialistas neohelenistas, galicistas, itálicas, germanistas, etc. —los filólogos de hoy—, porque tenemos una comunicación y un vínculo internacional que ellos no poseen. Y explico por qué: para los filólogos y científicos de la época clásica no hay impedimentos nacionales, pues tales filólogos del ayer existen aquí, en París, Berlín, Moscú, Roma, India, Estados Unidos, España, y todos son investigadores del mundo de los griegos y los romanos.

En el progreso de las ciencias físicas y de la técnica, sus etapas se superan y se hunden en el olvido por cuanto conservan solamente una curiosidad histórica. Pero no ocurre lo mismo con los problemas éticos y estéticos, cuya existencia es continua y duradera. La investigación del hoy empieza desde sus orígenes, desde su fase primera. El investigador debe tomar contacto con cada uno de sus antecesores, extender su diálogo hacia atrás, hacia los siglos, y las soluciones posibles son ilimitadas. Demócrito, por ejemplo, planteó el problema de los átomos en el siglo V y hoy se ha solucionado. Un siglo después Platón se preguntaba: “¿Cómo será posible que los hombres vivan juntos y en forma mejor?”; y la interrogante sigue sin respuesta hasta hoy igual que hace 2.300 años. Y preguntamos ¿Se dejó de lado a Homero, o murió Homero? ¿Su *Iliada*, ha podido destronarse? ¿O la *Eneida* de Virgilio? Pero, ¿sólo Homero pervive? Todas las grandes obras que encabezan la cultura europea constituyen las primeras fuentes de inspiración universal.

Y algo más todavía: en la eterna hipótesis del hombre y su educación no hay realmente ayer ni hoy. Estos existen nada más que en la génesis y en la efímera historicidad. Pero en la suprahistoricidad pervive lo inamovible, lo duradero de la esencia clásica eterna. Así, Grecia ha dado al mundo al racionalista Platón y al empírico Demócrito, y en la persona de Aristóteles se unen ambas corrientes para separarse más tarde, pues la teoría platónica renace en los estoicos y Demócrito en Epicuro. Tal dualismo legó Grecia al mundo actual, y, alternativamente, unas veces Platón y otras Epicuro, fecundaron y animaron la filosofía moderna. El racionalismo platónico encuentra puntos de contacto con la religión; el empirismo de Epicuro con la ciencia. Platón representa el idealismo; Epicuro el materialismo. Aquél conduce a la perfección del hombre, éste a la conquista de la naturaleza. Se trata de lo apolíneo y lo dionisiaco a



que aludía Nietzsche, y del resultado de este enfrentamiento nace el progreso.

El presente neohelénico, al recibir el influjo de las tendencias y tradiciones clásicas y cristianas, por una parte, y por otra las europeas y las dinámicas presiones americanas —sobre todo su civilización tecnológica— ha reaccionado y reacciona con la vitalidad que caracteriza al pueblo griego y su espíritu agonístico, el que a veces, sin embargo, ha resultado perjudicial para la nación. De otro lado, la falta de armonía que a veces se advierte en el reaccionar ante estos elementos civilizadores se explica, hasta cierto punto, por la breve vida libre nacional, según hemos dicho. Tal insuficiencia de unidad y, en alguna medida, de carácter nacional y energía asimiladora en la configuración del presente, es atribuible, entre otros factores, a las consecuencias dramáticas y múltiples derivadas de la turcocracia, como asimismo es responsable de ello la injusta política internacional de las grandes potencias, según ha sucedido y sigue ocurriendo en el caso de Chipre, por ejemplo. Por fortuna, a pesar de todas las adversidades, luego de la Segunda Guerra Mundial, comenzó un renacimiento humanista que se manifiesta en forma creciente y el cual ejercerá —si prosigue— un efecto benéfico sobre la creación de una autoconciencia civilizadora sana. También su influencia se dejará sentir en la gestación de una cultura neohelénica tipificada —dentro de su internacionalismo— con su carácter propio, nacional. En este proceso, tal como ha sucedido en todos los períodos críticos de la nación helénica, jugará un papel de primerísima importancia su herencia y su tradición, a más del “demonio” helénico, el cual a través de los siglos ha dado muestras de su espíritu creador; ese demonio al que se acostumbra llamar “el Dios griego” y que ha salvado muchas veces de la catástrofe al país durante su larga historia, impulsándolo a continuos renacimientos, a volverse a levantar, revivir, desde sus cenizas y a retomar su camino de siempre. El espíritu es inmortal.

Quiero terminar citando algunos pensamientos del ex Presidente de la República de Grecia, señor Constantino Tsatsos, distinguido legista, ex profesor universitario y miembro de la Academia de Atenas, autor de varias obras acerca del Derecho en general y especialmente sobre Filosofía de éste, y quien, además, es un excelente crítico literario. En su sintético estudio titulado *Grecia y Europa*, él escribe lo siguiente:

“Hablando especialmente del griego contemporáneo y comparándolo con el europeo de hoy, quisiera señalar, en primer lugar, que el griego es en alma y en mentalidad tan europeo como cualquier otro pueblo de Europa Central u Occidental. Para describirlo

me vería obligado a repetir todo cuanto he dicho acerca del conjunto de los pueblos europeos. El griego fue europeo desde el tiempo que habló la lengua griega y no ha dejado de serlo nunca. Creo que en virtud a estas características europeas, el griego ha podido resistir todas las invasiones que, por vivir en las fronteras del ámbito europeo, ha sufrido tanto en el pasado cuanto en la época contemporánea.

En consecuencia, podemos concluir indicando que la diferencia entre el griego y el europeo del noreste no es una diferencia de esencia sino de tiempo. Creo que es justo reconocer a las dos últimas generaciones de griegos, que lucharon por obtener el espacio geográfico y por la reconstrucción de Grecia, la capacidad de adaptarse a las ideas y a los sistemas nuevos y de asimilarlos, así como un aliento creador que hoy impone una manera de considerar a Grecia completamente diferente a la que dominaba hace sólo cincuenta años. El tiempo perdido de los cuatro siglos de dominación otomana ha sido recuperado en su mayor parte.

Tal es la Grecia de hoy y que a la hora en que Europa se erige como una comunidad política y económica (CCE) está llamada a ofrecer su contribución a tan grande acontecimiento histórico. La importancia de esta contribución a la obra común decidirá el valor de su asociación formal”.

Y algo más: “Las virtudes de los griegos así como sus defectos son los mismos desde la época de Homero. Sin mención de su calidad, las obras actuales del griego tienen el mismo carácter que aquellas de los tiempos precristianos. Si hoy los italianos no producen un Miguel Ángel o un Leonardo da Vinci, los franceses un Racine o un Descartes, los españoles un Cervantes y los griegos un Homero o un Esquilo, un Platón o un Aristóteles, no han dejado de ser por ello, italianos, franceses, españoles o griegos, respectivamente. No se reclama la igualdad de nivel sino la similitud de género”.

# Essence and Expression of Contemporary Greek Civilization

*Fotios Malleros K.*

In this lecture the author postulates that in the genesis of contemporary Greek civilization there have been three component elements: a) the ancient classical element, b) the medieval or Christian-Byzantine element, and c) the modern European-American and Neo-Hellenic element proper.

The classical Greek and Western European components prevail in political, intellectual and artistic spheres of modern living; the Christian components, in the moral ambiance; and the Neo-Hellenic and European-American elements gravitate in economics, techniques, in the popular and social fields. Classical Hellenism has been the basis of the next phases of national life, and this explains the solid humanistic faith of Greeks in contemporary and modern times. Such communication between the past and the Hellenic present does not, of course, consist of servile dependency; it is rather a dialectical synthesis that tends to prolongue the life and culture of the nation organically and naturally. Proof of this is to be found in the discrepant positions held in the Greece of today between “progressives” and “traditionalists”, who, nevertheless, in the end make a synthesis of their theories, as may be seen in popular art and in literature. As confirmation of his claims, Professor Malleros ends his lecture quoting some thoughts of the former President of the Republic of Greece, Professor and Academician Constantine Tsatsos, found in his study on *Greece and Europe*:

“The contemporary Greek people are in soul and mentality as European as any other people in Central or Western Europe, and thanks to these European characteristics they have been able to resist all the invasions which, because they live on the frontiers of the European environment, they have suffered as much in the past as in our present times ... The virtues of the Greeks, as well as their defects, are the same since the times of Homer. Without mentioning

their quality, the present works of the Greeks have the same character as those of pre-Christian times. And if today the Italians do not produce a Michelangelo, the Spaniards a Cervantes, or the Greeks a Homer, and so on, they are nonetheless Italians, Spaniards or Greeks. We do not claim equality of level, but resemblance of genre”.

Henry Lowick-Russell